

Diego M. Escámez de Vera, *Propaganda y justificación religiosa en época Flavia: Júpiter Óptimo Máximo y el Capitolio en Roma*, Madrid, Ediciones Complutense, 2018, 554 pp. [ISBN: 978-84-669-3586-9].

La monografía *Propaganda y justificación religiosa en época Flavia: Júpiter Óptimo Máximo y el Capitolio en Roma* deriva de la tesis doctoral realizada por el autor, merecedora en su momento del primer premio de Tesis Doctorales por la Sociedad Española de Ciencias de las Religiones. El trabajo trata de presentar, con sumo detalle y con un probado conocimiento del tema, los esquemas ideológicos de justificación del poder imperial, así como el papel que en ellos tuvo Júpiter, pieza clave de estos mecanismos de legitimación política en función de su papel como rey de los dioses y representante celeste del poder político. Aunque por su título la obra parezca centrar su contenido estrictamente en época flavia (69-96 d.C.), lo cierto es que sus propósitos se muestran mucho más ambiciosos, lo cual creemos que es todo un acierto. Y es que, como señala el autor al comienzo mismo de la obra, el uso de la figura jupiterina como elemento de legitimidad política no fue una innovación flavia, ni siquiera algo novedoso del régimen imperial inaugurado por Augusto, sino que bebe de los mismos inicios de la historia de Roma.

La obra se divide en un total de seis capítulos, sin contar la introducción y las debidas conclusiones. Sin embargo, tres grandes bloques temporales pueden ser identificados en el conjunto. Tras una introducción en que el autor analiza el concepto de ‘propaganda’ y los diversos medios por los que el poder imperial romano pudo dominar y logró mantener el control de los fundamentos ideológicos del Estado (presentando en este sentido como clave el papel de la moneda, pero también de otros mecanismos como los rumores o su cristalización bajo la forma de *prodigia* u *omina*, menos *oficiales* –si se quiere– pero igualmente controlados desde la propia autoridad), Escámez de Vera pasa a examinar, en lo que podemos considerar un primer bloque de su trabajo (capítulos 2 y 3), el papel de Júpiter en la legitimación de la autoridad política con anterioridad a los Flavios. De este modo, analiza el uso político de la figura de Júpiter desde la primitiva monarquía romana (con la enorme importancia, por ejemplo, de la construcción del Capitolio por Tarquinio Prisco), durante toda la etapa republicana (en donde la ceremonia del triunfo plasmará espléndidamente esta relación entre Júpiter y el poder político romano), por parte de los grandes generales de la Tardorrepública (con Sila como principal modelo en el que luego Octavio/Augusto basará la justificación religiosa de su poder personal) y hasta el periodo Julio-Claudio (cuando la legitimidad del *Princeps* se haga descansar en su elección y protección joviana, e incluso en una identificación del gobernante con el dios a través, por ejemplo, de la apropiación de sus atributos). El derrocamiento de Nerón romperá con este uso hasta el punto de que (como ya ocurriese en relación al asesinato de Calígula) los mismos presupuestos jupiterinos que habían servido para justificar el poder del *Princeps*, ahora serán utilizados por

sus opositores para justificar su deposición. Y también se valdrán de Júpiter a la hora de buscar la legitimidad de su posición los distintos pretendientes al trono durante la guerra civil del 68-69 (capítulo 3), conflicto que llevará finalmente a la púrpura imperial a Vespasiano, con quien el autor inicia el segundo bloque de su obra a través de tres capítulos (capítulos 4-6) dedicados respectivamente a los tres *principes* flavios: Vespasiano, Tito y Domiciano.

Carente de vinculación alguna con la familia de Augusto, la actividad de Vespasiano es presentada como un exitoso intento de buscar la justificación religiosa no solo a su acceso al trono en el convulso contexto militar de su proclamación (como también habían tratado de lograr Galba, Otón y Vítelio), sino muy especialmente a la fundación de una nueva dinastía una vez superado el conflicto. Así, como se mostrará por ejemplo en relación a la reconstrucción del templo de Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio (destruido durante la guerra civil), Vespasiano presentará su llegada al trono como predestinada por la divinidad, mostrándose como el elegido por Júpiter para heredar de los Julio-Claudios la legitimidad de una nueva dinastía (legitimidad de la que desde el primer momento beberían también sus hijos Tito y Domiciano) y presentándose en este sentido como un ‘nuevo Augusto’. Tito heredaría estos mismos presupuestos jovianos al suceder a su padre en la púrpura imperial, sirviéndose de la legitimidad otorgada por Júpiter para lo que Escámez de Vera califica como “una campaña de lavado de cara” (p. 233) que pusiera fin a la imagen negativa que el nuevo *Princeps* había cosechado antes de su acceso al trono. La creación de los *Sodales Flaviales* se presenta como la actuación que más claramente muestra esta búsqueda por parte de Tito de la legitimidad joviana –a la vez que ya dinástica–, al situar al divino Vespasiano como objeto de culto prácticamente al mismo nivel que Júpiter. Además, resulta sumamente interesante la consideración por parte del autor de que los diferentes desastres acaecidos durante el breve reinado de Tito –y muy especial y significativamente la nueva destrucción del templo de Júpiter Capitolino a causa de un incendio– sí que debieron afectar de modo negativo a la imagen del *Princeps*, siendo interpretados tales desastres como una pérdida del favor jupiterino por parte de Tito, a pesar de la benévola imagen que de su reinado se presente *a posteriori*, en gran parte por contraposición a la imagen negativa creada de su hermano Domiciano.

Y, precisamente, al reinado de Domiciano dedica Escámez de Vera el capítulo más extenso de su obra (capítulo 6, pp. 253-322), constituyéndose así el último de los Flavios en el principal protagonista del estudio. Como destaca el autor, Domiciano potenciará más que ninguno de sus predecesores el papel y la importancia de la propaganda imperial. A partir de un desarrollo iconográfico, literario y simbólico inédito hasta la fecha de la relación entre el emperador y Júpiter, Domiciano llegará a presentar su gobierno no solo como elegido y protegido por el dios, sino como una verdadera corregencia entre emperador y divinidad basada en su íntima vinculación personal. La reinauguración del templo de Júpiter Capitolino (escenario cuya trascendencia vemos que se muestra de forma reiterada, como un *continuum*, a lo largo de toda la obra, justificando así su inclusión ya en el mismo título), la creación de los *Sodales Flaviales Titiales* o la promulgación de la *lex flamonio Narbonensis* (aspectos estos en los que el autor ya ha mostrado previamente su amplio conocimiento [cf. *Sodales Flaviales Titiales: culto imperial y legitimación en época Flavia* (=Collection Latomus 356), Bruselas, 2016]) representan algunas de las ideas que permiten a Escámez de Vera considerar que Domiciano se llegó a mostrar

a sí mismo como un ‘Júpiter terrenal’. Sin embargo, y frente a la interpretación tradicional, el autor no cree que se pueda hablar de una auténtica divinización o plena identificación de Domiciano con Júpiter.

Pero la importancia del momento domicianeo en este proceso de configuración de la legitimidad imperial se muestra en el hecho de que el autor no finalice su obra con el asesinato del último de los Flavios en el año 96, sino que lo extienda hasta el periodo trajaneo, al que se dedica el que podemos considerar como el tercer y último bloque del libro (capítulo 7). Tras el breve paréntesis de Nerva (cuya debilidad el autor atribuye a su incapacidad de desarrollar un aparato propagandístico similar al desplegado por Domiciano), en este capítulo Escámez de Vera destaca cómo con Trajano (al que califica como “reformulador del modelo flavio”) aquellos mismos presupuestos empleados por Domiciano serán ahora adoptados por sus sucesores, aun tan contrarios a la idea domicianea del poder imperial. De este modo se señalarán las similitudes entre las propagandas domicianea y trajanea tanto en forma (iconografía o literatura) como en fondo (consideración del emperador como corregente terrenal de Júpiter, directamente elegido y protegido por él), hasta acabar mostrando la extrema importancia de Júpiter como garante de la legitimidad imperial, más allá del gobierno de una dinastía u otra, en un modelo que marcará en gran medida la imagen y el significado de la monarquía imperial romana del siglo II.

En resumen, y aunque quizá pueda echarse en falta un apartado de aparato gráfico (especialmente en cuanto a los muchos tipos monetales o elementos iconográficos mencionados por el autor), estamos ante una obra amena, que no solo muestra un excelente dominio de las fuentes clásicas (complementadas con un amplio dossier –pp. 435-528– con las traducciones de todas las referencias citadas en la obra), numismáticas, iconográficas y epigráficas (estas últimas especialmente al respecto de los *Sodales Flaviales Titiales*), sino que aporta además algunos matices e interpretaciones novedosos y sumamente interesantes que sin duda constituirán fructíferas líneas de investigación futura.

Enrique Paredes Martín
Universidad Complutense de Madrid
enripare@ucm.es